

LOS LIBROS

EL PEREGRINO EN SU PATRIA

De OCTAVIO PAZ

Por BLAS MATAMORO

• México en la obra de Octavio Paz, Tomo II. México 1987. 776 páginas.

ES UNA EXCELENTE iniciativa la de reunir en un tomo páginas escogidas de Octavio Paz sobre México. Me explico: toda selección tiene el inconveniente de estar hecha con ausencias y supresiones y siempre habrá quien diga que hubiese preferido tal a cual fragmento. La excelencia del proyecto reside, a mi ver, en dos principales incisos: el mostrar a Paz como "historiador" (enseguida aclararé el término) y el desplegar su calidad de "mexicano" (él se ha pasado la vida aclarando este término) a lo largo del tiempo. Dicho de otra forma: retratar al hombre que hace historia en el camino de la historia que ha hecho y pensado, y que lo hace y deshace a cada momento.

La diversa entidad de estos fragmentos (capítulos de libros, artículos, entrevistas) da vivacidad coral al conjunto, ya que se oyen voces y ecos diversos, que se superponen, se contestan, se ayudan o combaten, señalando a ese gran supuesto que es, en toda obra, el autor.

Como ensayista, Paz ha sido, centralmente, un historiador. No un historiador en el sentido institucional de la palabra, un rebuscador de expedientes y legajos, ni menos aún alguien que ha manejado la historia como una ciencia documental positiva (aunque también sabe hacerlo y se lo puede observar manos a la obra en muchos momentos de *Las trampas de la fe*).

Historiador, Paz lo es en cuanto medidor de la calidad de la historia, de ese discurso que los hombres hacemos y que nos hace a lo largo del tiempo, con un pasado y un futuro igualmente

inevitables pero también conjeturales. En alguna parte, Paz habla de las preguntas que deja el pasado y de las que lanzamos al porvenir. Vivir la historia, hacer la historia, es intentar responder a aquellas preguntas e imaginar la fisonomía de quienes nos contestarán en años que, de momento, sólo tienen números vacíos en un almanaque desierto de gentes.

El hombre es irrenunciablemente histórico, pero tiene con la historia unas relaciones ambiguas, cuya calidad se refleja en la escritura histórica misma. No somos humanos sino haciendo la historia pero, cuando la hemos hecho, queremos desembarzarnos de ella, pensamos en mundos ideales, no afectados por la historia, islas de utopía y aldeas felices que carecen de cuándo y de dónde. Somos humanos porque somos pasajeros, mortales y temporeros del trabajo terrenal, pero nos soñamos eternos, permanentes y dueños definitivos de nuestro lugar. Este vaivén trágico nos anima a insistir en la vida que se modifica, esperando del cambio la definitiva solución de nuestra problemática existencia, con la secreta esperanza, inconfesa e inconfesable, de seguir siendo problemáticos, en registros cambiantes. De estar vivos, si se me permite la simplificación.

El hombre hace su historia para librarse de las cargas que lo oprimen y la historia se convierte en una carga cada vez más pesada, que se aligera con el olvido y con el intento de la regeneración. Esperamos de la historia la liberación y nos trae nuevas formas de alienación.

Aun los filósofos que, como Hegel y Marx, han visto en la historia el escenario en que el hombre desarrolla su libertad, es decir la conciencia negativa de la opresión, han tenido que definir la historia como un proceso de extrañamiento y alienación.

Tenemos, cada tanto, la sensación de estar extrañados, tal vez por que lo número de nuestra vida nos hace inquietos y usuarios de un mundo que no fue ni será nuestro. O, según explican ciertas religiones, porque este mundo no es nuestra patria, sino nuestro destierro. Justamente, la fórmula de Lope de Vega que sirve de título al volumen, alude a esa doble calidad histórica del hombre: la de estar en la patria (tierra del padre, del que estuvo antes y nos obligó a existir) y la de ser peregrino, es decir transeúnte y extranjero.

Peregrino en su patria define la situación de Paz en México y, más ampliamente, la situación del hombre en el mundo histórico. Este doble juego de pertenencia y extranjería, de libertad de movimientos y alienación, permite que la historia sea movimiento y proceso, que no esté nunca quieta, que no alcance jamás un lugar o estadio definitivos. Tampoco el punto donde se sitúa el historiador lo es, de modo que su discurso resulta, igualmente, procesal y movido. Literatura de a bordo, cuaderno de bitácora, libro de viaje, es el texto del historiador. El presente volumen acredita las singladuras de un animal histórico destacado por la constancia de su voz y que exige ser unificado por un nombre.

Si el que medita sobre la calidad del discurso histórico hace epistemología, Paz resulta, entonces, un epistemólogo de la historia. Ahora podemos quitar las comillas a la palabra historiador. Y ello porque el tiempo en que se despliega la obra ensayística de Paz coincide, con escaso *décalage*, con la revisión de la historiografía positivista y la aparición de las nuevas escuelas históricas: un marxismo dialéctico y no fatalista, la historia de las mentalidades, la historia "total", etc. El punto de sutura que, en México, personifica Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, a quien Paz dedica unas decisivas páginas de balance.

Para el positivismo la historia era la reconstrucción puntual del pasado y la elucidación de las leyes históricas, entendidas como leyes de la naturaleza: constantes, fijas, generales, cuantificables, abstractas y carentes de excepciones. Para nosotros, el pasado no puede reconstruirse porque es una función del presente. No nos dirigimos a él dando un salto hacia atrás, sino que lo traemos hasta nuestra coetaneidad en términos de interés hodierno, de vida contemporánea. Cada época tiene su pasado, que destruye o recompone lo que fue pasado para otras épocas.

De ahí que no podamos fijar leyes al desenvolvimiento de ese preterito, porque no podemos fijarlas para el desarrollo de nuestra actualidad. Por otra parte, el tejido documental de la historia está sembrado de agujeros y desgarrones y tiene menos hilos cuanto más retrocedemos en el tiempo transcurrido. Si el discurso histórico tiene la sumisión al documento que exige la ciencia, tiene, además, la exigencia de imaginación e iluminación de la poesía. La historia es una suerte de poema épico documental.

Braudel ha mostrado, por fin, que la historia es un espacio que, como universalidad, pertenece al conjunto humano desde hace poco, tal vez no antes de la expansión del capitalismo industrial y, sobre todo, de los medios de comunicación social. Hasta entonces, la inmensa mayoría de los humanos, dispersos en espacios rurales y en comunidades pequeñas y aisladas, vivieron fuera de la historia universal, transmitiéndose una cultura estática y repetitiva, cifrada en tradiciones orales, en la autoridad de los fundadores y los ancianos, con un pasado fijo y arquetípico que, por eso mismo, no valía la pena investigar, sino,

apenas, mentar por medio de las narraciones míticas.

A esto cabe añadir una figura que es constante en la obra histórica de Paz: la figura del horizonte. Una línea nítida, que demarca el límite entre el cielo y la tierra, entre el más acá y el más allá, y hacia la cual nos encaminamos, pero que es inalcanzable. Es una meta que no tocamos nunca y que hace posible la vida como proceso. La podemos llamar horizonte epocal o conciencia posible, tanto da. Es la que condiciona la dialéctica posible/imposible que hace a la vida histórica. Los hombres nos movemos en términos de posibilidad pero hacemos unos utensilios que tienen su propia posibilidad y que se nos escapan de las manos, nos aprisionan y nos obligan a replantearnos nuevas fórmulas de libertad. Somos los perpetuos aprendices de brujo de la historia.

Esta recopilación miscelánea y antológica permite, en otra perspectiva, la lectura de textos que, aislados de la historia interna de la obra octaviana, cambian de coloración, por así decirlo.

Si se me permite lo anecdótico, diré que, cuando leí *El laberinto de la soledad*, en la Argentina de los cincuentas, lo hice provisto de lecturas cercanas, abundantes en la literatura argentina a partir de la década del treinta. Me refiero a los textos de Martínez Estrada, Mallea, Scalabrini Ortiz, Erro, más tarde Murena y Mafud, acerca del "ser nacional argentino". En aquel momento, el libro de Paz podía tomarse como resultado del alemanismo y los libros argentinos, como resultado de la crisis de 1930.

La prosperidad alemanista agarraba los mecanismos de burocratización revolucionaria. El futuro aparecía como una serie infinita de sexenios que se copiaban unos a otros. El marasmo argentino apuntaba también a la inmovilidad y la parálisis. Eran tiempos para acudir a las explicaciones esencialistas y arquetípicas, a los mitos y a los ciclos.

Pero, si releemos *El laberinto* a la luz de *Posidata*, *El ogro filantrópico* y *Pasión crítica*, por ejemplo, su función cambia por obra del sistema. Los mexicanos no tienen esencia, sino historia, dirá Paz en algún relevo de su obra. Aquella visión estática y junguiana de la historia juega, ahora, de pieza inmóvil en la dialéctica del movimiento. Es la permanencia que permite pensar la alteración, la fijeza que habilita a pensar

el movimiento. La historia es, efectivamente, permanecer cambiando y cambiar permaneciendo. Ni la esencia inmutable ni el cambio puro son pensables en sí mismos, como absolutos.

Por esa vertiente de pensar lo mexicano, la obra de Paz se toca, inevitablemente, con las categorías universales. Es lo que hace del pensador, un peregrino. Extrañándose del ámbito natal, saltando las fronteras de la aldea protectora y aprisionante, se logra ver la historia como un proceso universal, una totalidad que encierra a todos los hombres, con sus diversidades peculiares y sus semejanzas generales. A menudo se ha intentado desvalorizar la obra de Paz tachándola de extranjerizante y hecha "de espaldas a la tierra", sin advertirse que esas eran sus cualidades precisas de universalidad. En efecto, hace falta sentirse extranjero a algo propio para verlo desde fuera, con perspectivas que el léxico familiar no permite distinguir. Y hace falta pensar de espaldas a la tierra, mirando al cielo de las abstracciones, elevándose sobre lo cotidiano y doméstico, para entender con mayor latitud el entorno. Quien sabe sólo aquello que los mexicanos pueden saber, sabe muy poco. Quien no es capaz de alterarse y salir de sí para verse desde lejos y desde el exterior, no sabe nada.

Categorías como tradición y modernidad, revolución y revuelta, imperio y periferia, exigen ponerse a distancia de lo cotidiano para ser entendidas con cierta competencia. Si no se sitúa la historia mexicana en relación con la española, con las zonas de vivencia indígena que perduran después de la conquista, y en relación con el proceso del capitalismo comercial, la reforma religiosa y la Ilustración, es poco lo que puede trascender la crónica y el folclore.

Desde allí cabe leer las páginas insistentes en que Paz señala cómo en México, a partir de la Reforma, por ejemplo, se proclama la necesidad de modernizar el país y se insiste en formas arcaicas de dominación, que se reclaman de la teocracia y de la burocracia militar precolombinas, del patrimonialismo hispánico, de la ortodoxia católica y del carácter paternal y mesiánico del dirigente.

Hay que salir de la soledad solipsista y de sus encantos laberínticos y ocupar el lugar del Otro, para verse, a su tiempo, como otro. La historia de México aparece, de este modo, como la histo-

ria junto a ese enorme otro que son los Estados Unidos, país fundado a partir de los ideales de la modernidad y cargado de una fe religiosa en el futuro como tesoro del cambio y de la renovación. Ese otro que nos priva, con su poder, de una gran parte de nosotros mismos, ese otro al cual envidiamos todo lo que tiene y nos falta, que detestamos como el opresor soberbio y al cual, secretamente, amamos como se ama todo lo que se desea sin alcanzar.

El marco universal en que se sitúa la meditación de Paz se caracteriza por otro componente epocal, que podríamos denominar como la crisis de los grandes relatos. En una parte del mundo, ha hecho crisis el gran relato del capitalismo, que prometía desarrollo y abundancia para todos, paz y libertad por igual. Tenemos un mundo en que, efectivamente, el progreso técnico crea riqueza, pero que no llega a todos los habitantes del sistema, provocando, a menudo, la destrucción del medio ambiente, la violencia urbana, la degradación del lenguaje y de la vida erótica.

En el mundo comunista, ha hecho crisis el gran relato de la revolución, la promesa de que, una vez eliminada la burguesía con sus correlativas categorías de propiedad privada y economía de mercado, reinarían la fraternidad y la libertad igualitarias. En cambio, han sobrevenido colectivismos burocráticos fuertemente autoritarios y la producción estatizada y dirigida se ha mostrado in-

capaz de superar ciertas alturas de crecimiento, estrangulando las posibilidades de redistribuir la riqueza y proveer a las necesidades comunes.

Desprovista de grandes expectativas de futuro, la humanidad se ve abocada a la caducidad de las ideocracias y a la necesidad de soluciones pragmáticas, efectivas en lo inmediato y opacas en su discurso legitimador. Es un "tiempo nublado", no tempestuoso, quizá, pero tampoco brillante. Negociamos más, somos más tolerantes, pero todo nos importa menos y nos resulta sutilmente indiferente.

El desafío está ahí, planteado por la misma meditación de Paz: restablecer cierta euforia en la civilización que no nos lleve a las guerras planetarias del pasado. Competir sin destruirnos. Recuperar nuestra relación con lo sagrado, sin restaurar las viejas aniquilaciones religiosas. Como siempre, el hombre resuelve unos problemas para crear otros.

No cabe conceder al historiador el carácter de profeta, pero, si se releen algunos pasajes octavianos sobre la evolución política de México, desde la actualidad que marcan las últimas elecciones generales, se verá que, hace veinte años, Paz ya señalaba la escisión del PRI como la única posibilidad efectiva de un cambio hacia la democratización del sistema político en México.

Muchas otras seducciones podrían anotarse a lo largo de esta antología. Por razones de espacio, anotaré una última,

porque me parece ser la que mejor resuelve, desde el punto de vista operativo, la propuesta de Paz en cuanto a la historia como género: el uso del modelo biográfico en la obra sobre Sor Juana.

La biografía es la historia de onda más corta y es, a la vez, la que permite mayor juego a la invención literaria en la historia. Contar la vida de un sujeto y, a través de ella, el destino histórico de una sociedad, en el caso, volver a la Nueva España como el punto de partida de la identidad nacional histórica de México, es la puesta en escena más aguda respecto a la doble función, científica y poética, de la historia.

Rescatar a Sor Juana es, como corresponde, una elección autobiográfica. Todo historiador elige la zona de la historia que mejor ejemplifica "su" historia. Sor Juana, como Octavio Paz, fue intelectual en una sociedad fuertemente burocratizada y, como escritora y mujer, doblemente marginal. Prefirió la lealtad a su Dios antes que la lealtad a su clero. Pensó desde su discurso y no desde el discurso de su institución: fue heterodoxa. Vio, por fin, que la escritura es el espacio donde las palabras pueden hallar su libertad, es decir su incertidumbre. Renunciar a la feliz plenitud del dogma e insistir en la angustiosa busca del lenguaje que, intentando llegar al horizonte, advierte que éste avanza con él, puede ser una definición del intelectual, de su vocación peregrina.

DESPUÉS DEL MILAGRO

De HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

Por ENRIQUE KRAUZE

• Cal y Arena, 1988. 296 pp.

HAY DOS TIPOS de amigos intelectuales: los que son más amigos de la verdad que de sus amigos y los que, aun a costa de la verdad, defienden a sus amigos. Si no me engaño, Héctor Aguilar Camín y yo hemos hallado una variante difícil del primer tipo: la querrela

denodada y continua entre nuestras respectivas verdades ha alimentado nuestra amistad. Pedro Henríquez Ureña, tan amigo de la verdad como de sus amigos, solía decir que "La amistad de un crítico es una bendición de los dioses". Aguilar Camín y yo hemos seguido el

precepto por casi veinte años. El primer enfrentamiento - permítaseme la pequeña anécdota autobiográfica - ocurrió en una clase de Luis González. Yo defendía las tesis de Popper. No había terminado cuando Héctor hizo un elogio de la dialéctica. *Vuelta publica a*

Popper y Nexos se ha alejado de Marx, pero la confluencia de nuestras opiniones es, me temo, sólo aparente. Esta diferencia ha dado un carácter apasionado y a veces ríspido a nuestras discusiones, pero con los años hemos aprendido a escuchar, ponderar y tolerar.

La lectura de *Después del milagro* no cambiará en lo fundamental los términos de nuestra amistosa querrela. El libro me parece importante por muchas razones. Admiro su aliento y ambición, la gran variedad de temas que toca, la organización y equilibrio que les impone. Me interesaron e instruyeron los momentos que dedica a describir las mutaciones sociales en el ámbito urbano. Casi todos los capítulos incluyen preámbulos y evocaciones históricas pertinentes, atinadas y particularmente hermosas. Una, en especial, me impresionó: "¿Qué temen, desde siempre, los gobernantes de México?" se pregunta Aguilar Camín y su respuesta es una sugestiva descripción del "tigre suelto" que cruzó las pesadillas de hombres tan distintos como Porfirio Díaz y Jesús Reyes Heróles. "En todos los tiempos de la historia política — escribe Aguilar Camín — reaparecen con diversos disfraces las Leyes de Indias, la impronta ética de la corona española, el patronazgo social y el halo del soberano bueno que protege a la sociedad, como a un niño torpe, de sus veleidades autodestructivas... el infante, como la nación, está siempre en la necesidad de ser salvado no sólo de sus impulsos inmaduros sino también de las asechanzas externas e internas que no alcanza a comprender". En estos irremediables encuadres históricos sólo objetaría el tratamiento de la generación liberal. "El Estado mexicano — consigna el primer capítulo — nunca perdió su rumbo liberal, la pasión dirigista por secularizar al país y crear las condiciones políticas e institucionales propicias para el desarrollo del capitalismo". En otro lugar, Aguilar opina: "Desde Valentín Gómez Farfás, por lo menos... el Estado mexicano — a diferencia de la sociedad — ha querido ser y ha sido laico, emprendedor, procapitalista y centralista". En torno a estas afirmaciones, uno quisiera pedir mayor precisión porque si algo distingue al rumbo liberal es justamente su aversión a la pasión dirigista. Los liberales del siglo pasado, por lo demás, no fueron nacionalistas antinorteamericanos o centralistas ni tuvieron

tampoco muy desarrollado el espíritu emprendedor: Alamán, en cambio, fue nacionalista, católico, emprendedor y centralista. Estas imprecisiones, con todo, no opacan el brillo general del lienzo histórico. Sobre todas las cosas, Héctor Aguilar Camín sigue siendo un excelente historiador.

Como cronista de las entrañas supuestamente filantrópicas del Ogro, el ensayista de *Después del milagro* no le pide nada al novelista de *Morir en el golfo*. El libro contiene varias descripciones y diagnósticos no sólo detallados sino valientes, sobre todo en la circunstancia actual. Un ejemplo: "A la vista de las cifras y sus disparidades — escribe Aguilar — no puede sino concluirse que las únicas elecciones verdaderas que hay en México son las de los distritos urbanos". Las demás, concluye en otro lugar, son "inventadas".

Según sus propias palabras, Aguilar Camín intentó un "resumen personal de una cavilación colectiva". El libro es eso y más: procesa, ordena, aclara, destila y expresa la vasta producción intelectual de una generación universitaria sobre los grandes problemas de México. Aunque contiene referencias continuas a varios maestros de la generación del 68, sus fuentes denotan el peso de este nuevo "imaginario mexicano", producto de quince años de trabajo académico reflejado en la prensa, tesis, libros y revistas especializadas, y sobre todo, me parece, en la revista que desde hace más de diez años tendió los nexos entre las diversas islas universitarias y les dio una auténtica salida pública: *Nexos*. Todos estos elementos configuran a *Después del milagro* como un momento de síntesis importante en el vasto proceso de autoanálisis que desde hace varios años vive México. Por si fuera poco, hay algo más que agradecer al autor: su tono, sin dejar de ser vigoroso, es parejamente mesurado. No ha escrito un manifiesto sino una reflexión.

Mis objeciones más suaves conciernen al método de sustentación. Las fuentes académicas gravitan sobre el libro marcándolo desde los cimientos. Al incorporarse al texto, la *doxa* académica no sufre ningún proceso de crítica: es tomada invariablemente como verdad. Unas veces — como en el caso de los análisis de Juan Molinar —, la sustentación se justifica; otras, muchas otras, no: consigna como hechos meras opiniones.

Por contraste, el libro no da cuenta de ciertas deudas ajenas al círculo de la academia: al leerlo, encontré conceptos acuñados por Gabriel Zaid, pero no advertí referencia alguna a sus libros.

Una segunda zona de objeciones está en la indefinición de los términos clave que utiliza. En la era de la Perestroika todas las palabras cargadas de ideología han revelado su carácter relativo y se prestan a confusión. Aunque Aguilar Camín, hay que decirlo, ya no habla de izquierdas y derechas con la seguridad epistemológica que solía, sigue utilizando con cierta vaguedad palabras como "liberal", "neoliberal", "conservador". Categorizar, por ejemplo, de "procapitalista" todo el proyecto estatal mexicano desde mediados del siglo XIX no es una mentira: es una banalidad. Para efectos de conocimiento, las diferencias de proyecto entre los distintos regímenes sucesivos son mucho más importantes que las similitudes. El vacío de definición más serio se desprende del título mismo. El "Después" implica un antes, pero el antes no tiene fecha clara. "Llegó a su fin — escribe en el prólogo — un modelo de desarrollo ungido por el éxito y el crecimiento". ¿Cuándo llegó a su fin? ¿En 1970? (p. 30-31) ¿En 1982? ("A principios de los ochenta los rasgos positivos del modelo se habían desvanecido") El libro opta, de modo inconsistente, por varias fechas o se coloca en un plano intemporal porque no discrimina con claridad su propia definición del segundo de sus términos, la palabra "milagro". Lo habitual es pensar que el milagro concluyó en 1970, año en que el sistema — a pesar de sus buenos números — requería de una auténtica apertura que no se dio. En varios pasajes Aguilar habla del milagro como un fracaso no sólo social y político sino económico. Otro de los términos clave es "transición". El prólogo refiere cuatro transiciones estructurales y cuatro superestructurales que a su juicio han subvertido "silenciosamente" la vida mexicana. Entre las primeras incluye el tránsito del país rural al urbano. Entre las segundas, el repliegue del Estado. Sobre ambas se ha escrito tanto — y en el caso de la primera, desde hace tanto tiempo — que cuesta trabajo advertir su carácter "silencioso". Con todo, acaso la imprecisión mayor del libro está en una categoría que lo recorre de punta a punta: me refiero a la palabra "moder-

nidad" y sus correlatos. Nunca sabemos cuál es el concepto aguilariano de modernidad, el país o los países, el modelo o los modelos que lo encarnan. En varios capítulos habla no de una sino de muchas modernidades, de modernidades previas o posteriores, de modernidades enteras o cojas. Si todo es modernidad, nada es modernidad. Aguilar hace, desde luego, una vigorosa defensa de la libertad política como sinónimo de la modernidad, pero esta vindicación no cuadra con el modelo y la idea del Estado que tiene en mente.

Una significativa reflexión inicial resume el problema:

De Benito Juárez a Miguel de la Madrid, el Estado ha llevado la iniciativa en la construcción de la nación. Erigió un poder central sólido y minuciosamente ramificado, tomó en sus manos o promovió las empresas estratégicas de transformación de la naturaleza y vencimiento de la geografía —ferrocarriles y telégrafos en el siglo pasado, presas y carreteras en las primeras décadas del XX, petróleo, electricidad y la red de nuevas comunicaciones a partir de los cuarentas. Fue el Estado también quien organizó políticamente a la sociedad, acogiendo en su seno los intereses que parecían brotar de ella, hasta volverse durante décadas la gran olla incluyente... Por último, el Estado... ha sido el centro irradiante de la conciencia mexicana; ha reconocido y en parte inventado su nacionalidad, diseñado su civismo, generalizado sus símbolos, sometido o neutralizado su voluntad ciudadana, expropiado la cultura de manos particulares y construido la infraestructura educativa.

La misión del vertiginoso párrafo anterior es mostrar, mediante un alud acumulativo, el balance modernizador del Estado, la forma múltiple en la que remodeló, digamos, a la sociedad. Veámoslo en cámara lenta. Dice Aguilar "erigió un poder central sólido y minuciosamente ramificado". En efecto, hizo lo primero mediante una monstruosa concentración de poder y recursos contraria a la letra federal de la Constitución; lo hizo descuidando a las regiones, estados y municipios e impidiendo el nacimiento de focos alternativos de desarrollo. Sus "cuidadosas ramificaciones" tuvieron siempre como origen el control político, no la promoción de un

bienestar equilibrado. Fuera de las carreteras, todas las demás empresas estratégicas a las que se refiere el párrafo fueron desarrolladas en un principio por la inversión extranjera directa. El Estado tarde o temprano tomaría posesión de ellas con resultados económicos casi siempre desastrosos, cargados a la estoica cuenta de la sociedad. El Estado, en efecto, "organizó políticamente a la sociedad", pero a costa de lo que, renglones adelante, el mismo párrafo anota: "el sometimiento de la voluntad ciudadana". ¿Cuál de las dos afirmaciones es el signo bienhechor de la modernidad estatal? ¿Ambas? Es dudoso que el Estado sea el "centro irradiante de la conciencia mexicana": como demuestra el propio Aguilar en varios apartados brillantes del capítulo VIII de su libro, la familia, la religión, la vida económica y, en general, nuestra cultura —incluida nuestra cultura política liberal y constitucional—, son fuentes opuestas, antiguas y poderosas. Es en parte verdad que el Estado ha inventado nuestra nacionalidad pero, de nuevo, ¿a qué costo? Nada menos que al de tejer una historia de bronce que bloquee el conocimiento —el reconocimiento— de la Colonia y de ese modo mutila la capacidad social de auto-comprensión, madurez e integridad. Por último, a estas alturas ¿no es hora ya de preguntarse cuáles han sido los costos y beneficios de la expropiación educativa, sobre todo en los niveles superiores? El párrafo, en suma, es elegante y, como siempre, suena bien, pero adolece de una petición de principio: el Estado ha sido el gran padre paridor de la vida mexicana, un padre desordenado tal vez, autoritario, improvisador pero básicamente justiciero. Así, al asumir la premisa ideológica fundamental del Estado mexicano, Aguilar Camín asume el "fetiche ideológico" —la frase es suya— mayor de nuestro siglo: la Revolución mexicana como el hecho central, primigenio de la historia nacional. Y algo más extraño aún, contradice sus propias, brillantísimas páginas finales, sobre el tigre por todos los gobiernos tan temido.

De todas las premisas ideológicas que sustentan el libro, ésta es, creo yo, la decisiva. Se trata de una visión genética del Estado, tan arcaica y sacralizada que es difícil hallarle paralelos en el mundo actual. Las metáforas abundan: el Estado siembra como frutos a los nuevos actores sociales, se adelanta a la sociedad,

la hace posible, la alienta, es —dicho de mil maneras— el responsable de la modernización. "Admitamos, escribe Aguilar, que el Estado organizó y alimentó a la sociedad. Ahora ésta quiere dar el paso fuera del Estado y cumplir aquello para lo que en principio fue creada". Quizá sea una licencia literaria, pero aquí el Estado se vuelve casi un demiurgo. Admitamos, pienso yo, que si este edificio verbal no es estatolatría sugiere, por lo menos, idealismo estatal. Lo que una y otra vez, desde hace décadas, constatamos en México —como en otros países de partido único o cuasiúnico— es que el Estado crece vegetativamente para atender sus propias demandas con el velo justificatorio de encarnar las demandas de la sociedad. Entre nosotros, la sociedad civil, compuesta por millones de individuos, avanza y busca su modernización no gracias sino a pesar del crecimiento del Estado.

Es claro que algunas políticas estatales han propiciado el desarrollo moderno del país, pero la hipótesis indiscriminada del Estado mexicano como padre modernizador conduce a un laberinto del que no es fácil salir. "Tlatelolco fue —escribe Aguilar— la respuesta petrificada del pasado a un movimiento que recogía las pulsaciones del porvenir". Cabe preguntar, ¿de cuál pasado? ¿uno anterior a la etapa modernizadora, pro-capitalista, etc... que supuestamente arranca desde mediados del siglo XIX? Las cosas se complican en la apreciación globalmente positiva de los presidentes Echeverría y López Portillo. El primero —sostiene Aguilar Camín— quiso "reactualizar el equipaje ideológico de la revolución", reconocer deformaciones acumuladas, fue autocrítico y buscó un desarrollo compartido. Con Echeverría la "iniciativa reformadora ocupó el centro de la escena y una y otra vez fue retirada por el imperio de la costumbre y los prejuicios de la realidad". El pecado de Echeverría fue "titubear". Titubeó en decidirse a hacer lo que López Portillo —con plena justificación, a su juicio— hizo en septiembre de 1982: tocar al capital financiero. Esta defensa no tan implícita de Echeverría y López Portillo, y la crítica —esa sí clara y explícita— al "Desarrollo estabilizador", terminan por confundirlo todo. ¿Fue o no fue modernizador el avance del Estado entre 1940 y 1970? ¿O es que los verdaderos modernizadores, frustrados por el

titubeo o el azar del mercado mundial, fueron Echeverría y López Portillo?

El libro, naturalmente, carece de una teoría sobre la crisis. En el desastre mexicano no hay responsables: la sociedad y la economía estaban "impreparados para el auge", padecíamos aún los mecanismos del "Desarrollo estabilizador" etc... Ni una palabra sobre el cambio que bajo cualquier indicador que se considere (deuda, inflación, déficit, desigualdad, salario mínimo, productividad de la inversión pública, solidez de la moneda) fue el verdadero parteaguas económico del país: el paso echeverrista de la economía ministerial a la economía presidencial, el tránsito de la Hacienda a Los Pinos. Naturalmente también, el repliegue del Estado después del milagro no responde, en el libro, a quiebras reales causadas por errores reales atribuibles a personas reales sino, en la mejor tradición idealista, a la "quiebra del paradigma estatal" en todo el mundo. La postura es cómoda: el Estado debe cambiar no por los agravios que infligió por décadas a la sociedad sino por haber cumplido con un ciclo natural, por la lógica dialéctica de su propia eficacia, porque hacia allá lo llevan los nuevos aires de fin de siglo.

"El voto particular" con que culmina el libro consigna:

Al falso dilema de elegir entre la sociedad civil y el Estado o a la propuesta simplificada de que debe haber menos Estado para que haya más sociedad, es posible oponer la fórmula alternativa: necesitamos más Estado y más sociedad.

Más Estado funcional, descongestionado y efectivamente rector, capaz de garantizar la democracia y la fortaleza políticas internas, así como el cumplimiento de las tareas productivas y distributivas básicas de la nación —tareas que la sociedad y el capitalismo privado no han podido asumir en México.

La mayor novedad del fin de siglo —lo mismo en la URSS que en Polonia, en Portugal que en Hungría— apunta justamente en la dirección contraria: pedir menos Estado y más sociedad civil no es una propuesta simplificada. Es la esencia misma de la modernización "aquí y en China".

¿Significa esto que en México el Estado debe volver a los límites que le asigna el liberalismo clásico? A mi juicio, no: no debe volver. En un país con las inmensas carencias de México, la fórmula que necesitamos requiere, en efecto, de una corrección que la aleje un tanto del liberalismo económico clásico: el Estado debe ejercer acciones que beneficien a los mexicanos más pobres, pero la clave está en que esos beneficios, de verdad y en la práctica, lleguen. Para

lograrlo, el Estado tendría que iniciar, ante todo, una autocrítica profunda. Al mismo tiempo, tendría que discurrir formas asequibles, inmediatas, no demagógicas ni simbólicas de apoyo a la vida de los pobres. Es casi imposible que ocurra. En el cardenismo o en el PRI, en el periodismo o la academia, en sus tecnócratas o sus ideólogos, la generación intelectual del 68 —alejada de la vida práctica, la que vive la mayoría de los mexicanos—, sigue fascinada con el más pernicioso de sus mitos: el de la preeminencia histórica y política del Estado sobre la sociedad.

Después del milagro es un esfuerzo admirable por tomar distancia de ese mito, pero creo que el resultado final es confuso. "La paradoja básica de la transición mexicana —consigna su autor— es la disputa histórica entre los contingentes sociales del Estado tutelar... y los actores de la nueva sociedad naciente, capitalista, urbana, con su rechazo del Estado y su reclamo de la mayoría de edad ciudadana". En la disputa, sostiene más adelante, no se vislumbra un triunfador claro. La transición adopta la forma de un empate. La fórmula me convence menos como diagnóstico del país que como reflejo de las convicciones que se disputan, honesta y apasionadamente, el alma de mi amigo Héctor Aguilar Camín.

THE LIMITS OF FRIENDSHIP: MEXICO AND THE UNITED STATES

De ROBERT A. PASTOR y JORGE CASTAÑEDA

Por ADRIÁN LAJOUS

• Alfred Knopf, New York, 1988

ESTIRANDO UN POCO la comparación, el libro de Robert A. Pastor y Jorge G. Castañeda, *Los Límites de la amistad: México y los Estados Unidos* me recuerda la película *Rashomon*. En lugar de haberlo escrito al alimón, cada uno de los dos autores da su propia visión de la realidad en ocho de los nue-

ve capítulos. Como podría esperarse, Pastor y Castañeda dan versiones diferentes de la actitud de los dos países en las relaciones entre sí y en algún caso incluso de un mismo hecho que usan para sustentar sus opiniones.

Los autores determinaron que cada uno hablaría sólo de su propio país, co-

sa que obviamente era imposible tratándose de las relaciones entre ambos. Empiezan pidiendo perdón cuando cruzan sin visa esa frontera que arbitrariamente se impusieron pero, ya sin disculpas, lo continúan haciendo en el curso del libro. A mi juicio, esta limitación es lamentable; ambos conocen muy bien a

su país vecino pues lo han estudiado extensa y profesionalmente. En ambos casos hubiera sido más interesante la visión del país ajeno que la del propio. Lástima que no se hubieran extendido más en sus juicios transnacionales.

Pastor fue jefe de la sección de América Latina en el Consejo Nacional de Seguridad durante la presidencia de Carter. Ha vivido y dado clases en México. Ahora es director de un centro de estudios en la Universidad Emory de Atlanta, Georgia. Castañeda es profesor de ciencias políticas y escribe en diversos periódicos mexicanos y americanos. Fue asesor de su padre cuando éste fue Secretario de Relaciones Exteriores en parte del sexenio de López Portillo. Ambos son excepcionalmente inteligentes y ambos escriben muy bien en inglés, Pastor quizá con mayor rigor lógico y gramatical, pero Castañeda no le pide nada a nadie en elocuencia. Prácticamente toda la educación de este joven mexicano tuvo lugar en el extranjero. Sin embargo, su experiencia en México ha sido tan intensa que lo califica como experto en su país. Cualquier distorsión de la realidad que pudiera tener es más el producto de su aún incompleto proceso de madurez y también de algunas aristas de su personalidad.

De breves conversaciones con el profesor americano y de la lectura de lo que escribe, Pastor da la impresión de ser directo; se sabe de dónde viene y a dónde va. Castañeda, en cambio, a veces exhibe una que otra huella de recovecos y túneles oscuros en su pensamiento. Ambos defienden a su país, pero reconocen defectos en su política exterior y hasta fallas en el carácter nacional. Pastor despliega un esfuerzo para ser equitativo y equilibrado. Sin embargo, dice de sí mismo:

Inicialmente tuve la intención de apartarme de los argumentos recurrentes que han rebotado de México a Estados Unidos y comentar como un académico desapasionado. Pero los argumentos de mi co-autor a veces evocaron en mí el mismo tipo de respuesta que la postura de México frecuentemente ha evocado en los Estados Unidos. La proclividad de México a culpar a los Estados Unidos de sus problemas es frustrante cuando no exasperante.

Por su parte, Castañeda da al lector la impresión de ambivalencias interiores

no completamente resueltas. El mexicano empezó militando en la extrema izquierda y, aun cuando ha evolucionado a una postura bastante ecuaníme, retiene residuos de su pasado ideológico. Ya no trata de encuadrar habitualmente la realidad dentro de un esquema ideal predeterminado, pero de vez en cuando sufre de relapsos. Ilustran este aspecto de su carácter las siguientes palabras en la parte de la Introducción a su cargo:

Yo hubiera subrayado el problema que numerosos diplomáticos, estadistas y observadores extranjeros han encontrado cuando tratan con los Estados Unidos: el grado al cual les hace la vida difícil los Estados Unidos por la falta de responsabilización del sistema americano en materia de relaciones exteriores. El hecho de que en el diseño y la implementación de la política internacional el Presidente pueda esquivar responsabilidad por las acciones de la burocracia, del Congreso o del poder judicial provoca nerviosismo y en la mayoría de los casos conduce a tensiones en las relaciones internacionales.

Ya sea que el resto del mundo tome el lado del Congreso, viéndolo como un contrapeso reasegurante y moderador frente a la insania de un régimen extremista, como fue el caso durante la guerra de Vietnam y los años de Reagan, o si el Congreso se convierte en un obstáculo poderoso o insuperable frente a las buenas intenciones del régimen (los Tratados del Canal de Panamá o el Acuerdo SALT II), el problema es siempre el mismo. Cada entidad se esconde detrás de otra y la responsabilidad rara vez se precisa, convirtiéndose en un juego de ¿dónde está la bolita? institucional. Las respuestas americanas —así es como operan los sistemas democráticos; así funciona el sistema político americano— son falsas o eluden el problema: si así funciona el sistema, ¿quién sea bora de cambiarlo.

Es probable que mi traducción sea torpe, pero lo relevante y revelador es el concepto final (el subrayado es mío) en el sentido de que si el sistema democrático americano pone nerviosos a sus interlocutores, hay que cambiarlo. La realidad está mal: hay que readaptarla a lo que conviene a los forasteros. Castañeda conoce a la perfección el sistema americano. Sabe que los inmigrantes originales que lo crearon salieron de la Gran Bretaña por su oposición a un sistema centralizado y cerrado. Sabe también que fundaron trece colonias sepa-

radas muy autónomas. No ignora que, independientemente de la política británica de "divide y reinarás", los coloniales y sus descendientes querían vivir con autonomía local y que éstos siguen definiendo esa política. Conoce el hecho de que aun hoy en día y hasta donde lo permite la vida moderna, la sociedad americana es pluralista y descentralizada. En ella los centros de poder están distribuidos geográficamente y en diversos estamentos. Sabe Castañeda, en fin, que la nación política es el resultado de un consenso inestable que se modifica levemente día con día. Pues bien, sabiendo todo eso, Castañeda tiene fugas sociológicas e ideológicas que lo llevan a la surrealista sugestión de que el sistema debe centralizarse para comodidad de los países centralizados, como México, en los cuales un hombre puede tomar la responsabilidad absoluta y resolver por sí y ante sí. Eso a pesar de que páginas adelante sugiere la necesidad del cabildeo, incluso fuera de la ciudad de Washington, D.C.

Subrayo la actitud de Castañeda porque, lamentablemente, es la misma que está esparcida entre funcionarios y observadores mexicanos, la mayoría de los cuales siquiera tienen la excusa de la ignorancia, misma que no podría ofrecer Castañeda. Ya es tiempo de que los mexicanos nos enfrentemos a la realidad, comunicándonos simultáneamente con todos los factores de la sociedad americana, de acuerdo con sus propias características y siguiendo sus propias reglas de juego. El cabildeo, en su más amplia acepción, requiere que tratemos constantemente con todos los centros de poder, utilizando a funcionarios mexicanos, empresas especializadas americanas y los medios de comunicación y de formación de opinión. Así lo hacen los países que han logrado lidiar con éxito a la compleja Hidra de múltiples cabezas que es el esquema social americano. Sólo dentro del marco de una campaña permanente en favor de México se pueden llevar a cabo con probabilidades de éxito negociaciones concretas para atajar los problemas individuales que van surgiendo. Flaco favor le hace Castañeda a su país al reforzar la visión de que los Estados Unidos puede y debe negociar tal como nosotros lo hacemos.

Aunque importantes, las fugas de la realidad que tiene Castañeda son pocas. En general, su trabajo me parece, como

el de Pastor, excelente. La mayor parte del contenido del libro ya ha sido tratado muchas veces aunque no tan bien por otros autores. La diferencia específica entre este libro y otros sobre la materia está en el capítulo sobre el proceso de integración económica que está teniendo lugar automáticamente entre ambos países.

Se ha atribuido a diversos presidentes mexicanos, pero con mayor insistencia a Sebastián Lerdo de Tejada, la célebre frase "Entre la debilidad y la fuerza, el desierto". Efectivamente, hasta fines del siglo pasado, las zonas áridas del norte de México y el sur de Estados Unidos fueron una barrera casi infranqueable entre ambos países. Cuando se descubrió oro en California en 1848, una de las rutas este-oeste que tomaron los numerosos gambusinos improvisados fue a través del norte de México. Una buena proporción de los aventureros pereció en el camino, víctimas de sed, de hambre o de flecha o bala de apaches, comanches y otras tribus piel roja y de uno que otro forajido del rumbo.

Hasta entonces, nuestros países podrían haber estado en dos diferentes continentes. Robert Pastor explica en unas cuantas apretadas líneas la forma en que México y Estados Unidos se convirtieron en auténticos vecinos.

La base para la futura relación se estableció en las últimas décadas del siglo XIX cuando los ferrocarriles concertaron el centro de México con la frontera y de allí a la extensa red ferroviaria que cubrían gran parte de los Estados Unidos. Gente y mercancía se empezaron a desplazar más rápidamente y en mayores cantidades, cambiando fundamentalmente las relaciones entre los gobiernos centrales y sus estados y entre la mano de obra y el capital.

Los campesinos abandonaron en tren las paupérrimas aldeas en busca de trabajo en las ciudades de México y de los Estados Unidos. Más pertinente fue el hecho de que los ferrocarriles hicieron que los estados del norte de México se enfocaran hacia el norte a mercados más accesibles y más lucrativos en lugar de hacia el sur, al centro de su país. Se extendió y modernizó la ganadería en el sur de los Estados Unidos y en el norte de México. La internacionalización del comercio, de acuerdo con Steven Sanderson, "conectó al México norteño con el sureste de Estados Unidos... dejando que se atrofia-

ran conexiones anteriores y más frágiles con el centro y el sur del país".

La integración fue tan natural y paulatina que pocos se percataron de su cuantía y su carácter. En una nota fuera del texto, Castañeda atribuye a Clark Reynolds haber introducido en 1983, el concepto de "Integración Silenciosa." Siguiendo a Reynolds, los autores atribuyen —con razón, creo yo—, un carácter orgánico a la integración económica de nuestros países. Esta se desarrolla con o sin la aprobación de los gobiernos, siguiendo o contradiciendo las disposiciones oficiales, con tropiezos o desvíos, pero siempre en forma natural. Este análisis de Pastor y Castañeda es un acierto. Hace más de dos mil años que Arquímedes postuló que la naturaleza aborrece un vacío y procede a llenarlo. La integración económica a través del Río Bravo lo confirma. Si falta mercancía de un lado y sobra del otro, se establece por la buena o por la mala un flujo norte-sur; si sobra mano de obra de un lado y falta del otro, los braceros emigran al norte. A fines de 1952, el 65% de nuestro comercio exterior ya era con los Estados Unidos y la política oficial estaba enfocada a reducir la dependencia del mercado americano. En 1982, la concentración de nuestro comercio en Estados Unidos pasaba ya del 70%. Habían sido nulos todos los esfuerzos de diversificación geográfica. Los factores objetivos que nacen de nuestra vecindad con el mercado y la economía más grandes del mundo y que resultan de la infraestructura de nuestros transportes, nos condenan para bien o para mal a la interdependencia comercial y económica con el vecino país del norte.

Pastor plantea con nitidez el dilema al cual nos enfrentamos.

El problema real es si ambos lados continúan tolerando un proceso *ad hoc* de integración accidental o si pueden dar un salto negociando un arreglo a largo plazo sobre una zona de libre comercio... "Los Estados Unidos pujarán por la integración en cada ocasión que puedan porque son una nación de solucionadores de problemas con confianza en sí mismos. México, el socio más débil y defensivo la resistirá."

En opinión de Pastor, México podría lograr reglas que le favorecieran. Señala

que ahora México está padeciendo el resultado de decisiones que se toman por otros gobiernos. Da los ejemplos de los precios del petróleo, del alza de tasas de interés internacionales, de las caídas del precio del café y de limitación del mercado de tomate por los agricultores de Florida. México, dice Pastor, podría ponerse a salvo de esas variaciones negociando un paquete que incluyera esos casos. Yo estoy de acuerdo con él, pero también creo que el paquete está descartado, por ahora al menos.

Es en este capítulo sobre la integración donde más asoman las ambivalencias de Castañeda. Aunque anota con equidad y precisión las conveniencias e inconveniencias y en varias páginas parece estar inclinando la balanza a favor de la integración, termina pronunciándose en contra. Se funda en todos los argumentos habituales e introduce algunos no tan usuales. Pregunta incluso si el camino que se está siguiendo no amenaza el alma misma de la nación.

Pastor es más que justo al analizar la política de ambos países. Deja de serlo en un solo punto, fundamental. Sin ser explícito, comparte en lo esencial la generalizada visión americana sobre la licitud de las acciones internacionales de su país. Considera que Estados Unidos tiene la responsabilidad y, por tanto, el derecho de vigilar al mundo y enderezarlo. En otros americanos de buena fe esta actitud obedece a una mezcla de diferentes puntos de partida. Van desde un etnocentrismo irracional que les da un derecho casi divino a resolver los problemas de los demás, hasta la *realpolitik* más desnuda: alguien tiene que hacerlo y nosotros lo hacemos porque somos los únicos que podemos. Detrás de su análisis equilibrado Pastor trasluce el deseo de inducir a otros países por "la senda del bien".

En justicia, debemos recordar que en su época cada país dominador tuvo la misma actitud. Los Estados Unidos son menos prepotentes de lo que fueron Inglaterra, España y Roma. Quizá se deba a que la opinión pública ya no acepta ni permite lo que antes se daba por natural. De todas maneras, es difícil vivir en vecindad con el gigante hegemónico en turno. Creo que México ha ido defendiéndose con más o menos éxito. A veces nos ha faltado entereza y a veces se nos ha pasado la mano picando

con nuestro cuchillito de palo las costillas del Tío Sam.

Aunque Castañeda ha evolucionado en la dirección del centro del espectro político y ahora apoya posiciones de una izquierda más moderada, defiende la indefensible política económica de Echeverría y de la segunda mitad del sexenio de López Portillo, políticas que comprobaron su propia disfuncionalidad. Justifica el deliberado contenido antiamericano de la política exterior durante esos dos regímenes y en el presente. Postula que sólo se puede mantener la paz interna mediante una política exterior activista que sea clara y fuertemente antiimperialista y que dé voz así "a la suspicacia, el temor y el resentimiento del nacionalismo mexicano" hacia los Estados Unidos. No es que Castañeda confunda la actitud de su propio mundo intelectual con el sentir nacional, sino que reclama para sí y los suyos la política exterior. Sin el menor pudor, dice:

Como en otras partes, nunca se pensó que la clientela natural de las posturas internacionales debería ser la mayoría de los habitantes del país. Pero tampoco fueron diseñadas para la extrema izquierda revolucionaria sino para los sectores más progresistas del establishment tradicional e institucional que se quedaron en los márgenes del aparato a partir de 1940'.

¡Qué arrogancia! Los que no formamos parte de ese no muy precisable *establishment* protestamos en nombre de la menospreciada mayoría de los habitantes del país.

Es indudable que todos los mexicanos tenemos un fondo de suspicacia, temor y resentimiento con respecto a Estados Unidos. Pero en la gran mayoría estos sentimientos duermen en el subconsciente y sólo afloran pasajera y en casos de provocación real o percibida. Entre los miembros de aquel "establishment" a que se refiere Castañeda, en cambio, los más traen su antianiquismo puesto como medalla en el pecho. Así, considero que una mayoría de los mexicanos se opondría a la postura apoyada por el autor mexicano de salir al encuentro de Estados Unidos en los foros multilaterales y hostigarlos constantemente, tengamos o no interés directo en el asunto de que se trate.

Aunque negándolo públicamente, México había hecho de vez en cuando ti-

bios esfuerzos por ejercer cierto grado de liderazgo en la América Latina. Dichos intentos fueron infructuosos y no llevaron más que a irritar a los demás países del continente. Nuestra cancillería siempre acababa abandonándolos a la vez que los negaba. En 1970 llegó al poder el hiperactivo de Luis Echeverría, que decidió ilusamente, abiertamente, asumir el liderazgo de *todo* el Tercer Mundo.

Esto coincidió con la llegada a puestos intermedios en la Secretaría de Relaciones de las primeras generaciones de graduados en las nuevas escuelas de relaciones internacionales (UNAM y Colegio de México). Buena parte de esta juventud intelectual altamente ideologizada, principalmente de izquierda, llegaba con deseos de arreglar al mundo si no es que revolucionarlo. Comprendía la importancia de los Estados Unidos, pero buena parte de sus integrantes creía que dada la diferencia de fuerza era imposible lograr nada negociando con ese país. Querían organizar rebeliones de los países descalzos para enfrentarse conjuntamente al gigante. Según esta teoría, pisándole los callos entre todos, se le podrían sacar concesiones al monstruo.

Sea cual fuere la racionalización, la verdad es que muchos de estos nuevos diplomáticos traían y traen cargas emotivas e ideológicas que los inducían y los siguen induciendo a darle continuos alfilerazos al Tío Sam, convéngale o no a México. En las eras echeverrista y postecheverristas se han ido acelerando las nuevas generaciones de diplomáticos intelectuales sin que hubiera quien los centrara, ayudándoles a madurar. Muchos de ellos traen en su morral agendas y metas propias que no siempre coinciden con las del país que supuestamente representan.

No sé qué móviles racionales o emotivos, conscientes e inconscientes, corran por la mente de Castañeda. El caso es que en este libro aplaude y trata de justificar tanto el nuevo activismo internacional de México y, más sutilmente, las constantes minigrasiones contra Estados Unidos. Juzga que ésta es y debe ser la justa misión de la cancillería mexicana. Regresando a una postura más equilibrada, Castañeda acepta que la Secretaría de Agricultura, la de Comercio, la Procuraduría, etcétera deben ser más pragmáticas y buscar resolver problemas concretos. Reserva para Relaciones la

función política, globalizadora y contestataria. Le atribuye legitimidad a una función de picapleitos al decir:

La Secretaría de Relaciones juega el papel de aguafiestas. Constantemente señala —al Presidente, al resto del gobierno y al país en general— que a pesar de las apariciones a corto plazo en, digamos, asuntos agrícolas, las relaciones en su conjunto no son particularmente buenas.

En el mismo capítulo, el autor mexicano acepta que la disputa con los americanos en asuntos que no nos afectan directamente pueden traernos "consecuencias negativas", pero alega que nuestra participación en estos asuntos resulta útil en las discusiones en que sí van de por medio nuestros intereses. Las leyes de la física indican que la fricción desgasta a las superficies abrasivas. Me parece que Castañeda menosprecia el desgaste del enfrentamiento constante y sobrevalea la "dimensión internacional" que supuestamente nos da el estar haciendo ruido en vano.

Habiendo criticado la actitud demasiado confrontacional de la Secretaría de Relaciones Exteriores y más la individual de sus representantes en el terreno multilateral, siento necesidad de aclarar la mía. La Unión soviética está del otro lado del mundo, pese a sus clientes tropicales de estos rumbos. Por eso creo que los Estados Unidos son la amenaza más grande para México y la fuente de casi todos nuestros problemas, al tiempo que de nuestras mayores oportunidades. Nuestra política es y debe ser una política defensiva. Tenemos que resistir sus embates intervencionistas con vigor y defender el derecho de países cercanos que estén amenazados. Lo que no debemos hacer es convertirnos en perro de todos los pleitos. Tenemos que limitar nuestras confrontaciones a aquellas en que tengamos el interés más claro y directo. No podemos malgastar nuestra cuota de irritación al gigante en disputas distantes ni debemos aspirar a un papel más allá de nuestra capacidad. Por supuesto que debemos abstenernos de actitudes intervencionistas propias en Centroamérica, por más bueno que fuese nuestro propósito.

Debemos invertir buena parte de nuestra actividad internacional en domar al monstruo vecino mediante un hábil cabileo. Tenemos que buscar re-

sonancia en la opinión pública americana para contrarrestar los exabruptos de sus más agresivos funcionarios. Pero debemos manejar con frialdad nuestras relaciones exteriores, eliminando de ese terreno a los funcionarios emotivos y corajudos. Sólo fríamente se puede comprender la realidad y los límites que ésta impone. Esta objetiva frialdad no es el punto fuerte de Castañeda. Quizá ni él mismo sepa hasta dónde la defensa

que hace de ciertas políticas económicas e internacionales respondan a la necesidad psicológica de una apología *pro vita sua* o hasta dónde resulta de polvos de aquellos lodos ideológicos. Comoquiera que fuera, sus contradicciones resultan desconcertantes.

Pese a mis observaciones críticas de algunas posturas de los autores, mi opinión del libro en su conjunto es muy positiva: es interesante y extraordinaria-

mente bien escrito. Creo que es una aportación excelente al estudio de la compleja interrelación de ambos países. Estoy de acuerdo con la mayoría de lo que en él se dice, a pesar de mis discrepancias en algunos puntos esenciales. Sus autores, repito, tienen un talento fuera de serie. Recomiendo con entusiasmo la lectura de esta rashomónica obra.

ELSINORE

De SALVADOR ELIZONDO

Por ADOLFO CASTAÑÓN

• Ediciones del Equilibrista, México, 1988; 53 pp.

ELSINORE SUGIERE EN su título que, a semejanza de Hamlet, el escritor puede ser también un heredero despojado de su reino, un hijo traicionado y a quien los crímenes impunes de la familia histórica lo han hecho naufragar en una vertiginosa fantasmagoría. Sueño dentro del sueño, recuerdo del recuerdo, pero sobre todo experiencia de la experiencia, *Elsinore* entrega un relato clave en la obra de Elizondo, es decir en la literatura mexicana.

Disfraza su audacia en la línea de una narración tradicional, el poder del relato, cuyo argumento no es fácil resumir sin distorsionarlo, le permite al autor la debilidad aparente, el lujo de alguna imperfección. No es nada extraño que esos críticos que han elevado el escribir mal y la debilidad ante la retórica, la forma y la experimentación a un artículo de fe de su turbia estética hayan saludado a *Elsinore* con el aplauso condescendiente y desgano que se da al que erró el camino y vuelve al redil. Pero *Elsinore* no representa de ningún modo una retractación ni parece que en esta narración impetuosa y transparente, fluida, premeditada, el autor haya renunciado a su proyecto —tal vez el más ambicioso y exigente, el más alto y riguroso de la literatura mexicana de los últimos tiempos. ¿Cuántos escritores —conven-

gamos en llamarlos de algún modo— habrían resistido los castigos que Elizondo impone a su escritura? Sólo que ahora a la obstrucción sucede el juego, a la línea quebrada la recta; al juego de la escritura y el amor, una seducción de la memoria por la escritura, una trama destinada a cautivar el recuerdo y a despertar en él el deseo de ser recordado.

Un muchacho escapa de una colonia de vacaciones que tiene mucho de campo militar; descubre la primera

aventura, la primera evasión, el primer deseo: otros tantos descubrimientos hirientes de la identidad y de los límites del territorio propio. ¿Será gratuito que el título emblemático de la narración y el apellido del autor resuenen en un anagrama imperfecto? En filigrana, el narrador va cobrando también conciencia de su lengua. De ahí que una mirada espaciosa pueda distinguir en este relato una metáfora de la transculturación y sus procesos. ¿No estamos cautivos en una



colonia penitenciaria para menores de edad de la cual es difícil evadirse sin ayuda del sueño?

Elsinore sella la salida, la salud, conjura la muerte en vida. Arqueología de una estatua interior que se ha conservado intacta en los yacimientos de la memoria, *Elsinore* prueba la existencia de otra región más transparente, una ciu-

dad que tal vez permanecerá sepultada para siempre pero cuya existencia desde ahora será imposible negar. Largo adiós y comienzo, evocación impecable donde el artista realiza a la vista de todos el antiguo sueño de hacernos creer por un momento en la vida, en las espontaneidad del recuerdo y de su palabra casual. Por todas estas razones,

Elsinore es una de esas obras que caen sin ruido en la profundidad de la conciencia y que sólo tiempo después dejan oír el tañido de su verdad en nuestro recinto interior. No es el libro que acabo de dejar sobre la mesa. Es, en cambio, la narración que me acosa desde hace algunos días como un remordimiento inexplicable.

AUTOPSIAS RÁPIDAS

De JORGE IBARGÜENGOITIA

Por FABIENNE BRADU

• Selección y prólogo de Guillermo Sheridan. Ed. Vuelta, México, 1988, 290 pp.

ESCRIBIR TODOS LOS lunes, "como una gallina pone su huevo", obligó a Jorge Ibarguengoitia a desarrollar su capacidad de observación y a hurgar en su memoria en pos de los episodios susceptibles de resarcir la fatídica falta de inspiración. Esta tiranía del escribir en fecha fija empezó en enero de 1969 con la invitación de Julio Scherer, entonces director de *Excelsior*: "Quiero que usted escriba una vez a la semana artículos sobre cualquier asunto que le interese". Una libertad a un tiempo feliz y vertiginosa, que produjo simultáneamente en Jorge Ibarguengoitia la aceptación de la tarea y la siguiente respuesta mental: "Mientras él hablaba yo pensaba que mi vida periodística iba a durar aproximadamente un mes. Cuatro artículos, creía yo, bastaban para poner todo lo que tenía que decir".

¿De qué hablaríamos si pudiéramos hablar de cualquier cosa aunque bajo la presión del día de entrega? Para cumplir con este dictado tan contradictorio en emociones y apetitos, es necesario cultivar un oficio que fue, me parece, el verdadero hallazgo de Ibarguengoitia a lo largo de sus años de periodismo. Es interesante imaginar cómo, a partir de una innegable talento de fabulador y prosista que su obra de creación atestigüe, Jorge Ibarguengoitia aprovechó un estilo y una voz narrativa ganados en el ejercicio literario, para crear una mane-

ra de hacer periodismo. No hubo en él confusión entre los dos ámbitos, pero sí una rara capacidad para aprovechar sus dotes literarias y transformarlas en habilidades periodísticas.

La singularidad de su obra literaria está, sin duda, en el excelente manejo de la ironía. Más que una disposición anímica, el humor que la sella se antoja la consecuencia directa del ejercicio de esta mirada irónica, sobre el mundo, su país, sus instituciones y su vida cultural, y sobre todo, sobre sí mismo. Su humor surge principalmente de la distancia, de la mirada de un observador nato que nunca está en el centro exacto, ni de sí mismo, ni de las situaciones que describe. Ibarguengoitia está siempre en un margen filosófico que lo vuelve un *excéntrico* por antonomasia. Pero su excentricidad procede a contrapelo de la tradicional excentricidad que podemos reconocer en ciertas formas del esnobismo o del dandismo ladeado. La suya es una excentricidad asida del *sentido común*; un sentido común convertido en su principal punto de referencia, en un filtro por el cual se atisban los desplantes o las locuras de este mundo y se columbran los pecados de su megalomanía.

Su tránsito por el periodismo se puede reducir a esta constante: la realidad, cualquier realidad, vista desde la mayor o menor lejanía del sentido común. Jorge Ibarguengoitia no fue un escritor de

ideas —y en este juicio abarco tanto la obra literaria como la periodística— sino un observador y un retratista cuyos pies parecen firmemente anclados en la bondadosa tierra del sentido común. Lo que en él se mueve son sus ojos, que descentran la realidad y la captan como de soslayo, inesperadamente, pero hay también en él y en su prosa, una contradictoria y simultánea impresión de inmovilidad, de pesada ancla, de cierto sopor incluso que lo hace padecer la vida más que vivirla. Salvo algunas excepciones, el alcance de su mirada no rebasa el ámbito de lo inmediatamente cercano, de lo doméstico, en fin, de lo que se puede decir está a la mano de un espíritu sedentario.

Si muchas veces sus crónicas parecen un incesante alegato contra la imbecilidad o la desmesura humana, el humor no es en él un arma de denuncia sino, al contrario, "una concha, una defensa que nos permite percibir ciertas cosas horribles que no podemos remediar, sin necesidad de deformarlas ni de morirnos de rabia impotente". A pesar de las apariencias, el suyo no es un humor agresivo sino defensivo.

Lo valioso de la selección de *Autopsias rápidas* es el final retrato, vívido y ligero, que ofrece de los años setenta en México. Pero, si Guillermo Sheridan, autor de la selección y del prólogo, optó por suprimir las fechas de las cróni-

cas y agruparlas por afinidades temáticas, es que la obra periodística de Ibarguengoitia trasciende la voluntad testimonial de una época y se ha convertido, con el tiempo, en otra clase de testimonio, más allá de las fechas y de las circunstancias: el de una mirada que ha encontrado su traducción exacta y afortunada en una voz narrativa prácticamente sin par en la literatura mexicana de las últimas décadas. Guillermo Sheridan apunta la dificultad, por no decir la vanidad, de separar literatura y periodismo. Cita el ensayo de Eliot sobre Charles Whibley y recuerda esta desconsoladora verdad: "Una novela segunda no es periodismo, pero menos aún es literatura", si se intenta medir diferencias y jerarquías con una única escala de valores. Tal vez, sería más fácil decir, en el sentido contrario, que ciertas prosas enaltecen al periodismo y lo convierten, como en el caso de Ibarguengoitia, en una dependencia respetable de la literatura. El mismo Ibarguengoitia siempre sostuvo su preferencia por sus libros frente, por ejemplo, a la extraña estimación de Julio Scherer: "Los libros que usted escribe, donde Jorge, los puede escribir cualquiera. En cambio los artículos que usted hace a veces le salen muy bien". Jorge Ibarguengoitia explica la incierta diferencia en estos términos:

Las novelas son o pretenden ser literatura. Es decir, algo más o menos permanente. Los artículos en cambio son todo lo

contrario: su virtud principal es la de ser oportunos; están escritos contra reloj, en un intento de capturar las circunstancias peculiares de un determinado momento. El que escribe, como yo, artículos dos días de cada semana y otros tres o cuatro escribe novela, es como un tirador que hace disparos alternos uno a una liebre que pasa corriendo a veinte metros, y el otro a un clavo que está a diez metros. Desgraciadamente no se trata de acertar una vez sino cada vez que se dispara. Es evidente que el tirador está en peligro de quedarse bazo o de errar todos los tiros o de que le pasen las dos cosas.

Es decir, reduciendo la metáfora a términos reales, de quedarse escribiendo novelas periodísticas y artículos novelados.

Después de decir lo difícil que es mi tarea, debo confesar que no me desespera. Después de todo, la mayoría de los problemas se resuelven con paciencia y cierta habilidad.

¿Quién es el pesimista que me asegure que no voy a poder matar la liebre y dar en el clavo?

No por simple espíritu de conciliación afirmaré que *Autopsias rápidas* es una liebre muerta por un clavo en pleno corazón.

Creo que la tiranía del contrato periodístico afinó y afianzó en Ibarguengoitia su ya sustancial mirada irónica. Al tener que escribir una o dos veces a la semana una columna libre de tema o especialidad, tuvo que torcerle el brazo a la obligación para convertirla en divertimento. Muestra de esta torcedura es la reflexión que hace Ibarguengoitia acer-

ca de cómo percibe él la imposición: "¿Estoy satisfecho con mi columna? Francamente sí. En todos los sentidos: como rutina es la más agradable que he tenido en mi vida. ¿Cuántos asalariados pueden decir lo que yo he estado diciendo varios años: 'los lunes a las doce y media termina el trabajo de la semana'?" Pero, más allá de esta inmediata ventaja, la necesidad de transformar la obligación en divertimento para sobrellevar la rutina lo ayudó en parte a crear este personaje entrañable que se refleja de manera más marcada en la tercera parte de *Autopsias rápidas* y que Guillermo Sheridan tituló: "Confesiones de un boy scout". Corresponde, digamos, a la parte más autobiográfica de sus escritos periodísticos y es, a mi gusto, la más deleitable. Como "escribir cansa" (título de la primera parte de la recopilación), hablar de sí también cansa. Y me imagino a Ibarguengoitia decidiéndose a hablar de sí casi como de otro, a hacer de sí mismo un personaje, no solamente por efectos de decencia, de pudor o de eficacia literaria, sino por no aburrirse a sí mismo a la hora de "escribirse".

El placer en que trocó Jorge Ibarguengoitia la obligación y la angustia de escribir en fecha fija, contamina a los lectores de *Autopsias rápidas*. Guillermo Sheridan abreva su prólogo aduciendo en los lectores "una predecible voracidad" al momento de abrir el volumen de estas deliciosas crónicas. Yo añadiría, después de cerrarlo: he aquí la garantía de un auténtico festín.

SUEÑOS Y CUADERNOS

Por EDUARDO MILÁN

- Ida Vitale: *Sueños de la constancia*; México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Efraín Bartolomé: *Cuadernos contra el ángel*; México, Universidad Autónoma de Querétaro, 1988.

LOCURA SERÍA CONSIDERAR a la poesía latinoamericana de este siglo como un flujo continuo, como una ininterrumpida deriva homogénea. Sobre todo cuando esta poesía se ha fundado siempre en la ausencia de un proyecto. Me refiero, lógicamente, a la poesía de América Latina que habla de este lado

de la lengua, marginando el costado portugués. La historia de la poesía que habla castellano en la América Latina del siglo XX cabe en el trazado de un poema: es una alternancia entre lo negro y lo luminoso, una dialéctica que oscila entre la limpieza del valle y el peñasco afilado, entre la brecha del manantial

epifánico y la tiniebla confesional más endemoniada. Es, también, la falla irreparable entre la limpieza de los herederos de la vanguardia y la poesía "comprometida" de la década de los sesentas, que casi hunde a nuestra poesía en el fango de la mala conciencia. Por último, es todavía la aventura de los nue-

vos poetas encabalgados en una poesía del devenir y del derivar, que cuestiona directamente las dos o tres generaciones anteriores y busca el momento de contacto con la herencia vanguardista, para que no todo se pierda y vuelva a brillar la raíz dariana. Pero si se puede hablar en estos términos, si todavía es posible aplicar esta retórica a nuestra poesía, es por el intento de ciertas lucecitas unificadoras que han permanecido al margen del chantaje ideológico - "poético" y que han sabido, gracias a su empecinamiento, mantener viva nuestra tradición de lo nuevo. En este momento de rever, de ver hacia atrás como condición para no ser devorados por un presente enamorado de su cola, se descubren las presencias frescas. Una de ellas, quizás una de las más nítidas, es la de la uruguayaya Ida Vitale (1923).

La poesía latinoamericana del siglo no ha sido demasiado espectacular en la muestra de voces femeninas. Por qué, no lo sé. Averiguarlo pasaría en algún momento por la consideración de las posibilidades de una "poesía femenina". Creo que el lenguaje poético se resiste a ese tipo de consideración binaria entre lo masculino y lo femenino. Sólo se me ocurre una pregunta: si los poetas no tienen identidad, como dijo Keats, ¿por qué la poesía debe tener sexo? Si hay trazos específicamente femeninos o masculinos en el nivel del significante lingüístico, no los conozco. Creo que la disyuntiva queda relegada al terreno de la tematización y eso llevaría la cuestión por un camino confesional y poco interesante. Rara vez en los seis libros que integran *Sueños de la constancia*, la obra poética completa de Ida Vitale hasta la fecha, aparece un rasgo sexualmente distintivo. Por lo tanto, quien busque en su obra una marca de la cocinería elemental de lo "femenino" a secas, se equivocó de lugar. Eso no significa que ahí no esté presente una fuerza erótica en lucha corporal con algunos tópicos esencialmente poéticos. Uno de ellos, el más sobresaliente: el tiempo, el tiempo y todas sus connotaciones devastadoras (la destrucción, la vejez, el fin del amor, en síntesis: la pérdida). Pero señalar la presencia de esa figura en esta poesía, aunque se trate de un tema obsesivo, es no decir nada o por lo menos nada que individualice el *destr Vitale*. En Ida Vitale no se trata, como en la mayoría de los poetas tocados por la omnipresen-

cia destructiva del tiempo, de generar una poética nihilista, una poética del desencanto. Mucho menos se trata aquí de la producción de una estrategia del lamento. El elemento temporal queda fijado en esta escritura, por un lado, a la superficie del lenguaje y, por otro, a la movilidad que en el centro del lenguaje adquieren las cosas. En este sentido, más que una maldición sobre la fugacidad del tiempo, se trata de su asimilación. El tiempo que mata fuera del poema es el que le da vida adentro. Esta paradoja que siempre está presente en la raíz de toda verdadera poesía, en la voz de Vitale adquiere una deslumbrante nitidez. Vitale ocupa entonces, frente al tiempo, el lugar de *testigo interno*, de alguien que está internalizado e interiorizado de lo que está ocurriendo no sólo alrededor sino en el movimiento mismo. Por ese lugar específico que ha elegido Vitale dentro de la cadena temporal deriva y fluye su especial manejo del lenguaje. Quiero resaltar el aspecto lingüístico de la poesía de Ida Vitale porque se trata de uno de los más límpidos que conozco, de los más precisos. Es, básicamente, el lenguaje del juego. Poesía riquísima en aliteraciones, antítesis, paronomasias y toda la danza poética del significante que quiere evidenciar su cuerpo. Es que sólo quien acepta el tiempo puede jugar. Y sólo quien entra al tiempo con plena convicción puede jugar bien. Jugar, por ejemplo, bajo la permanente mirada de la muerte o jugar, por ejemplo, en la cuerda tensa de la fugacidad, sin que el juego anule la gravedad del concepto y sin que el peso del concepto anule la vivacidad verbal. Sólo se puede escribir así por una actitud de absoluta aceptación. O por el desvelamiento de la limpieza de una herida. O, en ambos casos, por el difícil equilibrio de una conciencia poética muy singular.

Es palpable en la nueva poesía latinoamericana la aparición o, mejor, la reaparición de cierta corriente "intimista", propiamente lírica, como alternativa a una ya decantada vertiente experimental. Este gesto es bueno y malo. Es saludable si no se trata de una recaída confesional en ciertos paradigmas que durante décadas plagaron a la poesía latinoamericana de aventuras "inéditas", de un buceo inacabable en las profundidades de ciertos poetas que, por el

simple hecho de haber nacido, se consideraban poseedores de algún tipo de originalidad psicológica. Allí comenzaba una larga tirada confesional, la narración (la confesión parece ir encadenada al relato como condición de sobrevivencia) de peripecias íntimas, el develamiento de un yo agónico que parecía huir del lenguaje en busca de una evasión del mundo o de fantasmas personales que se traducían fónicamente. En términos de escuela literaria era la puesta en práctica de un neorromanticismo de trasnoche, cosa sublimar, una mala ópera de un medioevo espiritual. Dentro del patetismo de la poesía "dicha en voz alta" (João Cabral de Melo Neto) no hay nada más triste que el strip-tease de un yo tomado en serio, sin el menor sentido del ridículo, sin el menor sentido de la autoparodia. Personalmente, creo que los seres poéticos no se distinguen unos de otros salvo por la mayor o menor competencia en el manejo del lenguaje poético. Lo otro es chantaje emocional, literatura para tíos. Y creo que la poesía reside en las cosas o es simplemente "un espejismo del espíritu". Esas cosas pueden ser los objetos del mundo real ordenados por el lenguaje o los objetos del lenguaje definidos por las palabras. El problema no se resuelve eliminando del texto el yo poético porque siempre, en poesía al menos, el que habla es otro, el titular del discurso no tiene título de pronombre personal. La vanguardia se fue con el espejismo de la muerte del yo como condición necesaria para una entrada en materia o al menos para un dejar pasar el mundo. La condición objetiva de un poema no está dada por la eliminación de un pronombre sino por la objetualidad del lenguaje, de sus posibles articulaciones internas, de sus posibles resonancias inventivas. Esto es: lo que define el menor o mayor grado de competencia de un texto poético es la entrada del sentido en el cuerpo de la forma o, mejor, la posibilidad de la forma de ser generadora de sentidos. Insisto en la forma porque parece tratarse de la única manera de no concederle al lector lo que el lector espera, transformando el poema así en una forma del brindis, en una especie de pan y circo para su satisfacción. Si un poema contagia, genera o provoca algo en el lector es por la gracia o por la desgracia de la forma, nunca por la puesta en escena de una conciencia desdichada revelada

tal cual es. Todo esto viene al caso cuando un lector no demasiado desprevendo se acerca a estos *Cuadernos contra el ángel*, de Efraín Bartolomé. Este poeta mexicano logra superar su tendencia intimista por una conciencia siempre puntual de la cuestión formal. Los poemas de Bartolomé revelan un *aquí* textual que desvirtúa su propio confesionalismo. Es cierto que existe en esta escritura un hablante que está autoensalzado, que se autovenera, camuflado en un yo evidente o en la persona de ese "poeta" que no se resiste a decirse como tal. Por ejemplo

No me importa:
he aquí que soy poeta
y mi oficio es arder.

Pero cuando Bartolomé deja de lado este tipo de *autohaikú* y sueita el lenguaje, aparece tímidamente el poeta que realmente es y que no necesita recono-

cerse. Surge así una especie de escritura creacionista que recupera para sí algo más que la etiqueta huidobriana: recupera una poesía en marcha que se genera en la medida en que va aumentando su materialidad. La verdadera potencia de su voz parece estar en el efecto de construcción de sus poemas largos, donde una sílaba busca a otra y una frase encuentra prolongación significativa en las siguientes. Entonces sí la materia verbal encuentra su matriz, la araña reconoce su tejido y atrapa al yo que parecía desbordarse. Esto no ocurre en la poética de Bartolomé por un simple gusto experimental sino por una cuestión más profunda y funcional. El mundo poético de Efraín Bartolomé es un mundo negro, donde se respira un aire enrarecido. En un nivel temático lo que salva su conciencia de la tiniebla es la aparición del cuerpo del deseo, la memoria o sus sublimaciones en el poema. Esta última vocación es la que puede generar una

necesidad de autorreconocimiento. Pero, para la felicidad de sus textos, a la par de un reconocimiento de ese yo textual errante hay un reconocimiento del poema mismo. Ésa, creo yo, es su batalla más importante. Cuando Bartolomé traduce la tormenta interior y la diluye en el lenguaje derivante que se olvida del objeto de su fuga, produce en el lector la convicción de un gesto de verdad. Pese a esta aparente contradicción entre la desmesura "lírica" y la realización formal del texto. Bartolomé revela una voz inconfundible en la nueva poesía mexicana. O quizás gracias a la contradicción misma. Su poesía se muestra en conflicto en sus propios mecanismos, con un alto grado de problematización material. Revela, y esto es verdaderamente un motivo de alegría, considerando los momentos poéticos que se viven en México, una conciencia poética insobornable frente a las recaídas acrílicas en formas ya gastadas por el uso.

ICONOLOGÍA

De CESARE RIPA

Por JULIÁN GÁLLEGO

• Dos volúmenes. Ediciones Alkal, Madrid, 1987; 592 y 463 pp.

EMILE MÂLE, CÉLEBRE profesor francés en la Historia del Arte, publicó en la *Revue des Deux Mondes*, días 1 y 15 de mayo de 1927, un ensayo en dos partes titulado "La Clef des Allégories peintes et sculptées au XVIIIème et au XIXème siècles", dedicando la primera a Italia y la segunda a España. Cinco años después recogía sus descubrimientos en un libro famoso, hoy todavía clave en la iconología moderna, titulado *L'Art Religieux après le Concile de Trente* (París, 1932), a partir de cuya aparición se hizo famoso un escritor italiano, Cesare Ripa, nacido en Perugia hacia 1560, muerto antes de 1625, y autor de un tratado de iconología que los estudiosos contemporáneos manejamos todo lo que permiten sus ediciones y nuestras bibliotecas, que no es demasiado.

Creo que debemos, antes de comentarlo, distinguir entre los términos. Según el *Diccionario* de la Real Academia, "iconografía" es "descripción de imágenes, retratos, cuadros, estatuas o monumentos, y especialmente de los antiguos", y en segunda acepción, "tratado descriptivo, o colección de imágenes o retratos"; mientras que "iconología" será "representación de las virtudes, vicios, u otras cosas morales o materiales con la figura o apariencia de personas". La Academia peca, en estas definiciones, de cierta vaguedad, en lo que no la vence Julio Casares en su *Diccionario ideológico de la lengua española* (Barcelona, 1957), que define la alegoría como "ficción en virtud de la cual una cosa representa o simboliza otra distinta", todavía más vagamente. Hablándome tropezado

con estas dificultades terminológicas al emprender mi tesis doctoral en la Sorbonne (que con el nombre de *Visión y Símbolos en la Pintura Española del Siglo de Oro* acaba de merecer su tercera edición castellana, Cátedra, Madrid, 1987), preferí acogerme al magisterio de Eugène Droulers, quien afirma que la figura alegórica designa, en lenguaje corriente, la personificación bajo una forma ordinariamente humana, acompañada de atributos característicos, de una virtud, de un vicio, de una tendencia o inclinación, de un ser abstracto, de un ser colectivo, de un resultado moral (cf. E. Droulers, *Dictionnaire des Attributs, Allégories, Emblèmes et Symboles* Tournhout, s.d.). De lo antedicho cabe deducir que la alegoría exige la representación de la figura humana, y así lo

entiende Cesare Ripa en su *Nova iconologia*, que sentó doctrina en la citada edición príncipe, de Roma, 1573, a la que seguirían otras muchas.

Esta edición no llevaba ilustraciones; la segunda, de Milán, 1602, tampoco. Ese defecto fue subsanado en la tercera, romana, de 1603 (se ha publicado un facsímil en Nueva York, en 1970). A partir de ésta, las numerosas ediciones del Ripa han ido con láminas, en las cuales se han fijado a veces los pintores de alegorías más que en los propios textos, por lo que los estilos de los ilustradores influyen también en las pinturas: nada tienen que ver los grabados de la tercera edición, ciento cincuenta xilografías de un estilo moderadamente manierista, más que barroco, al parecer derivado en parte de modelos del Caballero d'Arpino, en un eclecticismo entre miguelangelesco y veneciano, con los de la edición (sin fecha, pero de bien entrado el siglo XVIII) de J. Hertel, en Augsburgo, en la que las preciosas láminas de Eichler, a toda plana, han prescindido ya de los textos de Ripa, y se bastan por sí solas para inspirar a pintores y escultores. Como he escrito en otro lugar (op. cit. p. 48), "han de ser las láminas, más que las palabras, las propagadoras hasta el infinito de las alegorías de Ripa". Y agregaba (ibíd., p. 49) que "ha habido casi tantas interpretaciones gráficas de las descripciones de Ripa como ediciones de su libro, y éstas han sido copiosas, especialmente en Italia y Francia (no ha habido, que yo sepa, edición española). Esta constante variedad, así como los diversos sentidos que Ripa da a sus alegorías y atributos, hace al mismo tiempo fácil y peligroso el juego, muy de moda entre los eruditos de nuestros días, de 'leer' cualquier cuadro con ayuda de Ripa, aunque no quepa tampoco prescindir de esa obra, que el mismo Velázquez poseía y de la que Palomino y hasta Goya han hecho un uso abundante, para interpretar la iconografía de los pintores españoles". Cerca de un cuarto de siglo ha transcurrido desde que escribí, por vez primera, estas palabras en la tesis doctoral leída en la Sorbona en 1965, luego impresas, en 1968, en la primera edición, francesa, de mi estudio; el tiempo me ha dado la razón y Ripa se presta, complaciente, a las más variadas interpretaciones de quienes (poniendo la carreta delante de los bueyes, según la gráfica expresión de Francia)

tienen la "revelación" de un significado casi antes de ponerse a buscar sus pruebas.

Hay que aclarar, a este respecto, que la *Nova Iconologia* de Ripa (cuyo adjetivo de "nueva" acaso se refiera a que había sido precedida por un tratado del Doni, publicado en Padua en 1564, titulado *Il Petrarca del Doni* o, más generalmente, *Pitture del Doni*...), aunque sin ilustrar, donde se muestran invenciones alegóricas de Amor, Fortuna, Tiempo, Castidad, etcétera) suele ofrecer de cada una de sus alegorías varias versiones, derivadas de distintas fuentes, para que los interesados elijan. Así, por ejemplo, según Ripa, la «Fortezza» (Fortaleza o Fuerza), una de las cuatro virtudes cardinales, se representa como "Mujer armada y vestida de color leonado, el cual significa fortaleza por ser semejante al del León. Se apoya esta mujer en una columna, porque de las partes del edificio ésta es la más fuerte, que sostiene a las demás, y a los pies de esa figura yacerá un león, animal adoptado por los egipcios para este significado, como se lee en muchos escritos." Pero viene luego otra "Fortezza": "Mujer que, con una maza semejante a la de Hércules, subyuga a un gran León y a sus pies se ve el carcaj, con las flechas y el arco. Esta figura la he tomado de una bellísima medalla, ver Pierio en su libro I" (se refiere al libro de Pierio Valeriano *Hieroglyphica*..., Basilea, 1556 y 1568).

Pero no basta con esas dos opciones. Ripa agrega una "Fortezza d'animo & di corpo": "Mujer armada de coraza, yelmo, espada y lanza, en el brazo izquierdo teniendo un escudo con una cabeza de León pintada, sobre la cual está una maza; por ésta se entiende la fortaleza del cuerpo y por la cabeza de León la generalidad del ánimo; y se ve así en una medalla muy antigua."

Y todavía queda una "Fortezza & valore del corpo congiunto con la prudenza & virtú dell'animo", descrita así: "Mujer armada de coraza, yelmo y escudo, y en la diestra mano empuña una espada desnuda, en torno a la cual haya, con bellos giros del cuerpo, una sierpe y sobre el yelmo lleve una corona de laurel trenzada de oro, con un mote por cimera que diga 'his frugibus'. La espada significa la fortaleza y valor del cuerpo; la sierpe, la prudencia y virtud del ánimo, con cuyas dos virtudes muchas veces se ven hombres de vil condición

alzarse hasta la triunfal corona de laurel, esto es a los honores de la milicia." Y otra "Fortezza congiunta con la generosità dell'animo": "Mujer armada, como se ha dicho, con la diestra tenga la Clava de Hércules, en la cabeza, por yelmo, una cabeza de León, como se ve en las estatuas antiguas."

Para esta versión literal guardo a la vista la edición de la *Iconologia di Cesare Ripa Perugino*..., ampliada por el caballero Gio. Zarattino Castellini, romano, y publicada en Venecia en 1649, que tengo la fortuna de poseer.

Queda claro, con tal ejemplo, que Ripa alterna atributos, según diversas fuentes. Y he preferido no traducir, por su enorme longitud, el comentario a la primera acepción de "Fortezza", como: "Mujer armada y vestida de leonado y se debe observar la finomía, tendrá el cuerpo ancho, la estatura derecha, los huesos grandes y el pecho carnos, el color de la cara fosco y los cabellos rizados y duros, el ojo lúcido, no muy abierto; en la diestra tendrá un asta con una rama de roble, y en el brazo izquierdo un escudo, donde hay pintado un León que pelea con un jabalí", a la que siguen muy proliferas explicaciones del porqué de estos símbolos, que figuran en la estampa que encabeza el vocablo, que es la que los artistas mirarían. Al comentar los frescos de la basílica del Pilar de Zaragoza (en *Los bocetos y las pinturas murales del Pilar*, con documentación de Tomás Domingo, CAI, Zaragoza, 1987, p.140), observo que, cuando Goya ha de representar esta virtud en una de las pechinas de la cúpula dedicada a la "Regina Martyrum", se adapta, más o menos, a esta primera descripción "a la que suprime algún detalle, añadiéndole un símbolo de la segunda descripción de la *Iconologia*: la columna, que en el Pilar llevan, idóneamente, los angelitos". Es decir, que Goya combina las reglas de Ripa con una iconografía local, el santo Pilar, con toda libertad.

Excúseseme esta larga cita para aclarar la libertad en que este tratado o manual deja a quienes lo consultan para interpretar sus preceptos, sin contar las variaciones existentes en las ediciones sucesivas. Es pues, la *Iconologia* de Ripa un instrumento de trabajo que exige mucha prudencia en el manejo, pues se presta a identificar aquello que previamente nos interesa. Las ediciones italia-

nas son muy abundantes y también las francesas; algo menos las inglesas, holandesas y alemanas; la extraña carencia de ediciones españolas se debía, sin duda, a que quienes se interesasen por el tema, leían (o creían leer) el italiano o el francés. La edición parcial (sólo tomo I) publicada en México en 1866 por Luis G. Pastor, descubierta por K.L. Selig, además de incompleta y muy tardía, se limita a traducir del francés los dos primeros tomos de la *Iconologie*, de Gravelot y Cochin (1791), según noticia de Adita Allo Manero en la introducción a la primera edición de Ripa en castellano, que acaba de ver la luz en Madrid gracias a los cuidados de las Ediciones Akal, y que sigue la lección de la edición de Siena, 1613.

Esta introducción comprende una biografía de Ripa (breve, dados los escasos datos existentes aparte de sus años de servicio en casa Salviati, de Roma), una interpretación, según Panofsky, de iconografía (como descripción, clasificación y lectura de las imágenes) y de iconología (búsqueda del significado de las mismas en determinado contexto). Para Ripa, según el subtítulo de su libro en algunas ediciones, iconología equivale a una descripción razonada de las imágenes, esto es, a lo que para Panofsky es la iconografía.

En Ripa, iconología se limita al campo de la Alegoría, es decir, a una figura humana que, por su "disposición" (o sea, expresión de rostro y actitud) y "cualidad" (es decir, sus propias condiciones físicas) simbolice algo, con ayuda de los atributos. En "mi" edición veneciana de 1659 se manifiesta que la obra expresa "varie Imagini di Virtu, Viti, Passioni humane, Affetti, Discipline, Humori, Elementi, Corpi Celesti, Provincie d'Italia & altre materie infinite utili ad ogni stato di Persone", con lo que alcanza proporciones casi universales. El editor, Nicolò Pezzana, explica al lector que iconología deriva de dos palabras griegas, "Icon", que significa imagen, y "logia", parlamento. Así que "iconología" es "regionamento d'Imagini", a través de las cuales se describen infinitas figuras que representan "le bellezze delle Virtu & le bruttezze de' vitti" a fin de que abraemos las virtudes y huyamos de los vicios. Y es curioso que cite el uso de la iconología de Ripa en las canonizaciones vaticanas de San Isidro Labrador (en 1622) y Santa Isabel de Por-

tugal (en 1635), así como en el libro de *Jeroglíficos morales*, del P. Vincenzo Ricci (Nápoles, 1626), como propaganda de este tratado. El orden alfabético con que se presentan las alegorías facilita sobremanera la consulta.

Las fuentes de Ripa han sido estudiadas por Erna Mandowsky, a quien sigue Adita Allo Manero. Unas derivan de textos clásicos, o de estatuas o medallas antiguas, de las *Summas* medievales, de la heráldica, de la multitud de libros sobre emblemas, divisas y jeroglíficos... La *Biblia*, las obras de Horacio, Virgilio y Ovidio, los *Hieroglyphica* de Horus Apolo, los *Emblemata* de Alciato y de Valeriano, así como obras de arte más modernas o invenciones teatrales de fiestas simbólicas, figuran entre las abundantes fuentes que Ripa asimila, explica y ordena. Su papel no es de inventor, sino de compilador. Pero no se trata de un papel secundario, como advertimos en su universal influencia en las artes, especialmente en la época barroca. Allo Manero dedica un largo comentario a su repercusión en España (pese a no haber ediciones castellanas del Ripa), tanto en los artistas como en los escritores. En fin, enumera las ediciones de la *Iconologia* en otras lenguas (omitiendo, por cierto, la de Nicolò Pezzana que poseo, Venecia, 1659, que habría que situar como repetición de la que cita de Cristoforo Tomassini, Venecia, 1645, y anterior a la reimpresión de 1669).

La actual y primera edición de Akal, en dos pulcros tomos ilustrados de fácil manejo, corrobora las intenciones de esta editorial de proveer a estudiantes y estudiosos, a precios asequibles, de los manuales clásicos, con categoría de fuentes, que han de necesitar. Recuerdo mis largas sesiones en las bibliotecas Hertziana de Roma y Warburg de Londres, anotando en innumerables fichas las noticias que la falta de ediciones españolas del Ripa y la extrema rareza de las extranjeras me imponía, hasta que, por feliz azar, encontré en una librería anticuaria italiana la edición que hoy manejo. Es, pues, muy de aplaudir esta noble tarea de Akal, ya puesta de manifiesto en sus ediciones de Paccioli o de Leonardo, y tantas más, a favor de los investigadores. La traducción parece correcta, o al menos está escrita en muy correcto castellano. He de señalar, sin embargo, que en la breve cita del artículo "Fortezza", traducida por mí del

texto italiano, con mayor literalidad aunque con menos elegancia que los hermanos Barja, he salvado dos faltas de éstos: traducir "il corpo largo" de la alegoría ripesa por "cuerpo largo", siendo la traducción correcta "ancho" o "robusto" (para expresar la longitud, Ripa hubiera escrito "lungo"); y hablar de "una bolsa a los pies de esta figura, con arco y con saetas", cuando Ripa habla de "faretra con le saette & arco", esto es, de carcaj o carcaj, lo que se aviene mejor que la bolsa a las flechas y arco. Espero y deseo que estos lunares, sobre los que he caído por casualidad, sean los únicos que oscurezcan este libro, tan útil y necesario en los estudios de historia del Arte y que yo quisiera digno de figurar, en la alegoría de la "Verità" de Ripa, junto a la palma de la victoria y al Sol, que ilumina todo el orbe.

Tomado de la Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid.

